

La promesa

DOMINGO 1º DE ADVIENTO A

27 de Noviembre de 2.011

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Mirad, vigilad: pues no sabéis cuando es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara.

Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!. Marcos 13, 33-37

El atardecer, la medianoche, el canto del gallo, el amanecer..., cualquier hora del día son momentos posibles para la Venida de Dios. En cualquier instante puede llegar nuestra última hora, nos puede acontecer la Hora de Dios, nos puede sobrevenir su total Advenimiento, su Adviento definitivo y pleno.

Precisamente lo grande de nuestras vidas es que están y estén pendientes de esa desbordante y trascendente Promesa. Gracias a ella se rasgarán los cielos, y nuestras personas y nuestro mundo se verán rejuvenecidos con novedad inédita y sorprendente. Sobre nuestra arcilla terrosa y humilde se eruirá el gran Vaso de Elección, porque hacia ella se encamina el Alfarero del hombre dispuesto a cubrirla y llenarla con su ser de Esposo fecundo. Este mundo que hacemos y somos está pendiente de ser parido del todo, desde que en unas entrañas virginales se aposentó la Semilla de Dios. Toda nuestra biografía personal y colectiva, toda la historia de la humanidad y del cosmos, cuando son auténticas y sinceras, se convierten en preliminares ávidos, en anticipos garantes, en insinuaciones sugerentes de ese Futuro Universal, de ese Porvenir Divinizante, de esa Promesa Infalible, de ese Dios-Adviento, que llegarán al hombre cauto y guardián para hacerlo totalmente filial y fraterno.

Dejaremos entonces de ser paño manchado y plantas marchitas ante la gran purificación esperada y el recreador "diluvio" prometido. El intermitente rostro de Dios dejará de ocultarse cuando Él se nos manifieste del todo; y, por aguardarlo paciente e impacientemente, quedaremos convertidos en el rostro inequívoco, en la gloria diáfana de ese Dios tan ardientemente apetecido.

Jamás oído oyó ni ojo vio un Dios que hiciera tanto por el que espera en Él. Con esperanza trascendente que va más allá de nuestras posibilidades de hombre en crecimiento, más allá de los mejores diseños con que los humanos podamos presentir nuestra más desorbitada expectativa, más allá de toda previsión y planificación intramundanas, más allá de las más nobles y sudadas utopías humanas en que siempre nos sentiremos rectificados y estimulados hacia la Gran Esperanza que dinamiza a los verdaderos amantes, creyentes y esperantes de todos los tiempos...

Por eso toda espera, por mucha que sea, siempre será poca. Todo proceso y progreso, obligatorio y siempre insuficiente, se tornarán urgencias nuevas y provisionales ante el Gran Día del Señor, ante esos Cielos Nuevos y Tierra Nueva, ante esa Navidad Universal en la que Cristo nos nacerá del todo.

Por eso elegiremos el oficio de portero permanente. Aguardaremos al Hombre que se fue de viaje dejándonos su casa y dándonos a cada uno una tarea; y nos mantendremos firmes hasta el Final en cualquier hora de día.

Juan Sánchez Trujillo